

Lilia Alvarado

Lilia Alvarado

*Muestra inequívoca de un mundo aparte*

No busco en lo absurdo, tu cordura;  
 quizá tampoco evoco tu locura en mis momentos locos.  
 Es extraño conocer la frontera de lo inevitable  
 sin evitarlo,  
 así como negar su existencia traduciendo en amor  
 una imagen idolatrada.  
 La luna, la magia,  
 signos imborrables en mi alma,  
 símbolos latentes que una vez nos unieron, y así unidos  
 viviremos mientras la blanca brille y sea eterno el momento.  
 Por qué eres tanto para mí.  
 Por qué tu voz es un tatuaje.  
 Eres así, Ser Mágico, o te invento.  
 Ojalá tu voz me respondiera;  
 tu voz que surge de la nada,  
 que brota entre el abismo.  
 Quién pudiera brincar, alcanzar sus propios alucines,  
 encontrar su luz interna desde afuera y guardarla,  
 y lograrla, y buscarla, y matarla.  
 Quién pudiera encerrarte en mi aura.  
 Quién debiera guardarte en mi olvido.  
 Pero no olvidarás  
 como no puedo  
 pues cuando mi recuerdo se borre de tu mente,  
 te esperaré en tu olvido.



## CERTAMEN DE LITERATURA JOVEN UNIVERSITARIA 1994

### POESÍA Y CUENTO

#### DIFUSIÓN CULTURAL

#### B A S E S

- Ser estudiante de la UANL
- Participación individual.
- Cuento: 10 cuartillas máximo.
- Poesía: 3 poemas por participación.
- Fecha de cierre de inscripción: 30 de septiembre de 1994.
- El jurado estará integrado por personalidades capacitadas en la materia, será dado a conocer oportunamente y su fallo será inapelable.
- Los trabajos se recibirán en difusión cultural: Universidad Autónoma de Nuevo León, Estadio Universitario junto a Puerta 13. C.P. 66450 Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N.L.
- Enviar original y tres copias con seudónimo, en sobre cerrado, incluir:
  - a. Copia de credencial vigente.
  - b. Seudónimo utilizado.
  - c. Nombre completo del autor.
  - d. Domicilio, C.P. Ciudad y teléfono.
- Se concederá un premio único e indivisible de N\$ 2 000.00 (Dos mil nuevos pesos), para cada una de las ramas.
- Lote de libros para los primeros tres lugares.
- Los triunfadores serán notificados oportunamente.

**Nota:** No habrá devolución de trabajos, cualquier trabajo que no reúna los requisitos especificados será anulado.

Lo no previsto en la presente Convocatoria será resuelto por el Departamento de Difusión Cultural.



Estadio Universitario junto a puerta No. 13. Ciudad Universitaria. Telex. 382989 UANLME. Tels. 332 09 96 Fax 332 08 33 y 329 40 00 C.P. 66450 San Nicolás de los Garza N.L.

## Poesía

## Primer Lugar

Elías Carlo Salazar

una corola infinita de agua me rodea  
es aquí donde las olas confluyen  
es tanta la lentitud  
el silencio

el cielo abre su eclipse  
surge la noche  
sus eternas alas de obsidiana  
la más prolífica de las génesis

avanza como el viento  
se deja escurrir  
lo cubre todo con su ausencia  
sólo siento la dermis del agua

el mar abre los labios fríos  
su profundidad se revela  
es el espejo del tapiz estelar  
mi percepción desaparece  
la noche y el mar son uno

sigo al centro  
solo  
al centro de ésta ausencia

El vuelo de las moscas traza  
la historia del viento

Sobre mis ojos  
no hay más que placas fotográficas  
develadas  
se armaron las ventosas de tu abrazo  
nuestros vértices claman al tiempo su abismo  
soy la estrella de orión sobre la piel de una  
mantarraya

el cerebro es una catacumba  
una garganta habitada de visiones  
de imágenes en el polvo de la noche  
todos los colores escurren de mis uñas  
caen los íconos  
de tu luz  
queda el resplandor de un cristal bajo  
la lengua del río

el vuelo de las moscas es el abecedario de la  
muerte

soy un hormiguero  
una tarántula amarilla esparce sus hijos en  
mis pupilas

los dioses del bosque me rodean  
sus lanzas desenredan brazos bajo mi cuerpo  
las células concentran las imágenes  
la tierra me conquista poro a poro  
observo los pliegues del viento  
aguardo la lluvia

## Rojo

Circulaba la noche en nuestros pensamientos  
y la hostia ígnea esparcía sus últimos pétalos  
en la ciudad

El tiempo se fue desintegrando con cada  
palabra  
cada palabra con el espectro de la vela entre  
mis labios

El cuervo surgió sobre las construcciones  
y en sus plumas la acupuntura luminosa del  
universo

Salimos del prisma hacia un escarabajo  
lo montamos  
lleva nuestro camino por  
las serpientes negras

El cuervo nos ve con un ojo porque está  
de perfil

Tu cubo urbano está igual que tú  
la soledad arde por dentro como un aura  
nos envuelve

Aislados  
al centro  
espacio y distancia conjurándose  
en éste punto  
donde cada movimiento es como en el agua  
haces brillar una lágrima entre tus dedos

cae  
abrumada de silencio  
de miradas  
y germina  
sus tentáculos se extienden con un grito de luz

Trepamos un nivel  
nada más arriba  
abajo  
una oda de magma  
un desierto de dunas rojas  
abrasador  
infinito

Te sientas en el pasto sintético  
te imito  
creyéndote basilisco al verme  
tu cara no es la misma  
Espero

Lo oímos reptar la escalera  
llenar el vacío a mi espalda  
sus murmullos lamen mi ropa  
sus segmentos las pupilas

Ya no veo tus ojos  
ni tu cuerpo  
sólo al rey escarlata tomando tu ofrenda

Aún pienso intentar algún movimiento

Poesía

1era. Mención

Primer Lugar

Gerardo Ortega

Monterrey visto desde el décimo  
piso a las siete de la tarde

Luces pueblan tu silencio  
como en ciudad perdida

Tus ojos  
arroyos que laten  
turba amotinada

aves en celo

Tu espalda se extiende bajo la noche  
la estrella fugaz contagia tu labio  
-se incendia

La batalla empieza

Un día soleado se extingue en mis entrañas

reverbera  
atiza la mancha de hormigas que me salen por la boca

Se cuela el alba por mis grietas

Plagado de insomnio  
en la sombra  
me declaro desahuciado

de hierba  
de ventanas  
amaneceres

y de ti

Sabrías

«De Monterrey a Linares  
hay tres valles y un dolor»

Apenas te conozco y ya te delecto  
y mi tinta se destiñe con la primera lluvia  
El cigarro está frío

el café apagado

mientras llevo la boca  
retacada de flores

Me dueles y suspiras y te vas  
Si este dolor te apuñalara  
sabrías de reír por teléfono

de llorar en ayunas  
y de apretar la brasa  
que se quedó en la herida

Cuento

2da. Mención

El otro Colón  
(El Poeta)

Gerardo Ortega

Resquebrajo mi promesa de marcharme  
Quemo las naves con el último eco  
de un adiós profundo  
Tu silencio inclemente no completa  
el azimut de mis latidos  
pero quiero sentirme firme en tierra firme  
sin verme renunciado a ocho lunas de alta mar  
Mi amor

es grillo en la noche

ráfaga de lluvia en la ventana  
y demanda tres prófugos motivos  
sumergidamente immaculados

sembrar tu tierra piel de verdes minutos  
poblar tu silencio infértil de nubes adjetivos  
y guiar tus ojos detrás de la breve tormenta

Las naves se aniquilan  
crepitan con risa interminable  
que no acaba en tantas leguas tierra adentro  
Al adiós profundo le corté la garganta  
y su indeseable eco lo torné monólogo  
y lo sentenció a un baúl sepultado  
a treinta pasos treinta de una muchedumbre de palmeras  
No me marcharé ya con el invierno  
ni con el sol que se hunde en el océano

Mi amor

ya no  
promete

Quisiera desentenderme de la lluvia cuando  
—a fuerza de intentos y palabras mal habidas—  
intento prolongar el suceso de la sangre;  
quisiera ignorar al sueño

el reloj

al teléfono

a la soberana angustia

y recibir al ángel

al taller de recuerdos museo de porvenires.

Este indicio despiadado

exige un mar

un cielo

un corazón de mil ciudades.

Quisiera desterrar el miedo

arrojarlo al océano en una botella.

Quisiera desentenderme de la lluvia

y poder decir al menos:

«Ella no volvió nunca».

## De lunes a diciembre

A la única allanadora  
de mis libros

Ahí en la noche temprana recuerdo de gaviotas  
ahí donde la penumbra envejeció con las horas de su sombra,  
tus ojos destellan enormes como mares encumbrados;  
son dos navegantes buscando el faro en el horizonte,  
una brisa que anochece envuelta en la playa.

La luna corre y se estrella en tu mirada  
y los reflejos se riegan en todo tu vestido.

La noche ha extendido sus brazos por completo,  
ha exorado la penumbra en el poniente.  
No quiero que amanezca sin decirte  
que te he querido tanto  
de lunes a diciembre

## Cuento

### Primer Lugar

Quintín Francisco Trujillo

### Redada

Ya pasan de las once, salgo de mi cantón dispuesto a desvelarme una vez más con mis camaradas. Mientras bajo por el andador para llegar a la avenida, recorro con la mirada las casas de mis vecinos. En el barrio las cosas están como de costumbre, la mayoría de la gente se dispone a dormir, otros quizás van a ver la tele un rato; algunos regresan del trabajo y otros salen para ver qué le pueden robar al prójimo, mientras que otros, como nosotros, nos pasamos chingando la madre toda la pinche noche nomás cotorreando y risa y risa.

Me detengo por un momento. Desde aquí puedo ver todo el panorama, la calle sin tráfico, sin tanto carro y camión que de día la transitan. A estas horas sólo uno que otro carro pasa de vez en cuando. La calle estaría en silencio de no ser por las voces de la raza que se escuchan en la incompleta tranquilidad de la noche. Me dirijo hacia ellos; al verme a lo lejos, uno de ellos lanza un chiflido a lo cual respondo imitándolo, pero además lanzo otro que me caracteriza sólo para verificar que soy uno de los suyos ya que el tramo por donde camino está oscuro y solamente pueden ver

A todas aquellas víctimas de un barrio

mi silueta. Ahora salgo a la luz y llego hasta donde ellos están.

—¿Qué onda vatos?

—¿Qué onda cabrón? ¿Por qué chinga'os no salías güey?

—Estaba en el cantón viendo la tele güey.

Hoy salió mucha raza: el pinche beto, el pinche pato, el güero, el pancho, los enanos, el cubano, la torta, el meme y todos los demás, ¡a cabrón! hasta el pinche Jonathan que nunca lo dejan salir está aquí. Salieron muchos y eso que hace menos de una hora estaba lloviendo con toda su madre, pero se necesita más que eso para hacer que la flota se quede en sus chantes. Uno no-se-qué me dice que ésta será una noche especial.

Todos estamos carcajeándonos con los chistes que cuenta el cubano, ese pinche negro tiene tanta gracia para contarlos que todos nos estamos riendo antes de que los termine. El cotorreo está en su punto, ahora cambiamos de tema y hablamos de viejas. El beto y el pato empiezan sus acostumbrado duelo de aventuras sexuales, narran sus experiencias con lujo

de detalle mientras los más chicos de la raza ponen exagerada atención a cada una de las historias. Yo ya las he escuchado varias veces, cada vez más corregidas y aumentadas, por lo cual sólo sonrío y volteo a ver al meme y a la torta que también sonrían mientras que el Jonathan finge no estar atento a la plática.

Al final de la avenida, justo donde da vuelta hacia acá, se ven las luces de un carro que se acerca. Me llama la atención porque es el primero que va a pasar por aquí desde que llegué. La raza sigue en pleno cotorreo; el carro se acerca más y ya se alcanza a distinguir, es un pinche taxi, de volada se sabe por la madre que trae en el techo. Ha disminuido su velocidad y finalmente se detiene. Sin embargo, no se baja nadie aunque la puerta está abierta. Está un poco oscuro el lugar donde se detuvo el carro, pero con la luz que da uno de los pocos faroles que prenden en la avenida, se alcanza a ver que dos personas están forcejeando. Meme y yo somos los únicos que estamos mirando hacia aquel lugar, los demás siguen platicando, les vale madre o no se han dado color. Ahora baja una persona del taxi, viene hacia acá; pasa trotando casi frente a nosotros luego se pierde entre los andadores de la colonia de abajo. Se trata de un asaltante ya muy quemado en la zona, es un pinche panchero.

—Ya chingo al taxista güey.

—Sí güey, se la baña el cabrón, antes diga que lo trajo hasta acá y todavía lo asalta, no vale madre el putito.

Pobre güey, se ha de haber quedado sin lana. Todo el día jalando para que luego venga un hijo de su pinche madre y le robe su feria, ¡esas son mamadas!, pero ni modo, ya saben a la que le tiran, así es su jale.

La raza ha vuelto a cambiar de tema, ahora que se acaba de ir el taxi, hablan de asaltos que han visto o que les han platicado. Surge en mi mente una pinche preocupación, me le acerco a la torta y le comento lo que pienso. Él me da la razón y también se ve un poco preocupado. Ya van a dar las doce y mi presentimiento aumenta. Al fondo de la avenida se ven unas luces y rápidamente les digo a mis camaradas lo que estoy pensando. Les advierto que puede ser la chota, que ya es muy tarde, que es la hora en que pasan. Por un momento todos están atentos al vehículo que se acerca, pero de pronto alguien asegura que se trata de un bocho y vuelve la calma. Ahora empiezan a hablar de encuentros con la policía. El pancho comienza a contar sus trágicas aventuras, sus experiencias con los cachuchones. Yo lo interrumpo para decirles que ahora sí viene de verdad la poli, que a lo lejos se ven las inconfundibles torretas de azul y rojo.

Al filo de la medianoche, esta escena es muy cotidiana; las granaderas atraviesan las colonias formando una hilera de cuatro o hasta cinco camionetas, recorren las calles en una inspección de rutina. Sin embargo, siempre existe el riesgo de que se les ocurra detenerse a chingar la madre.

La flota está nerviosa, todavía hay tiempo para meterse en algún andador oscuro de nuestra colonia o de la colonia de abajo, para no ser vistos desde la avenida. Pero como dice el dicho 'el que nada debe nada teme', qué lástima que aquí no siempre se puede aplicar. La torta pide la palabra:

—Ya saben cabrones, no corran a menos que se detengan estos güeyes, si no se paran tírenlos a lucas.

—Oye Raúl, nosotros no tenemos porque co-

rrer, no estamos haciendo nada malo, no pueden arrestarnos nada más porque sí.

Al hacer ese comentario, el Jonathan lo único que logró es que se burlen de él, por la ingenuidad de sus palabras y por la ignorancia que muestra acerca de cómo se dan las cosas en el barrio.

Las granaderas están desfilando frente a nosotros, ahora disminuyen su velocidad; para nuestra mala suerte se acaban de detener, empiezan a bajarse todos los chotas y se dirigen hacia nosotros. Todos corremos asustados, cada quien para donde puede. Ellos nos amenazan, gritándonos chingaderas, como de costumbre. Nos internamos hacia los andadores de arriba, pues esa es la única oportunidad de escapar ya que las camionetas no pueden entrar hasta ahí. Yo le grito al Jonathan que me siga, él me preocupa porque estoy seguro que ésta es la primera vez que lo corretean los policías, se le puede ver en la cara de culeado que lleva. Vamos subiendo por un andador que escogimos por ser el más oscuro. Corremos tan rápido como podemos. Los pinche chotas se han quedado atrás, pero por la calle de más arriba ahora se ven las torretas y las luces de las lámparas. Han rodeado todo el lugar, ahora tienen que entrar a pie si quieren atraparnos. Creo que cometimos una pendejada, la mayoría corrimos hacia el mismo andador, eso les hará más fácil las cosas a esos güeyes. Algunos chotas suben y otros bajan, no nos queda otra más que buscar un buen escondite donde no puedan hallarnos. He encontrado un lugar e invito a Jonathan y también al pancho, los demás también se han escondido esperando no ser vistos.

Los policías han encontrado con sus lámparas a los primeros. Los dos están llorando, los

chotas los dejan ir porque ven que están muy morrillos. Siguen buscando y ahora han hallado al beto y al pato, pobres güeyes, los están madreando bien gacho. Llegan más policías, casi todos traen lámparas. Están alumbrando hacia adentro de un patio, ahí están otros dos, los obligan a salir y les dan de macanazos en las piernas. Los chotas siguen encontrando más raza, los están rociando con el gas, ¡no valen madre! Los tienen a todos recargados en una barda y les están haciendo preguntas. Apenas se alcanza a oír lo que les dicen:

—Orale hijos de su pinche madre, ¿dónde está la feria putas?

—¿Cuál pinche feria?

—No se hagan pendejos, ¿quién chinga'os de ustedes fue el que asaltó al taxista?

—Nosotros ni en cuenta.

—¿Quieren más putazos verdad?

Con todo este alboroto, algunos vecinos se asoman por las ventanas de sus casas para ver si no tienen agarrado a alguno de sus hijos, pero como en este andador no vivimos ninguno de la raza, nadie se atreve a salir y hacerles un paro. Mientras tanto aquí estamos nosotros tres, el Jonathan, el pancho y yo, escondidos, esperando que esto se acabe para poder salir. Estando en esta situación, se me viene a la mente un montón de cosas; nos volteamos a ver unos a otros, cada uno pensando en las razones por las que está aquí. El pancho, que ya lo han agarrado varias veces, se ve muy asustado, seguramente porque no quiere volver a pasar por lo mismo otra vez. Él sabe bien lo que significa que te suban a una granadera, que te pongan las esposas bien apretadas, que aparte te den unos buenos madrazos y lo que es peor, que todo eso te lo hagan sin deberla ni temerla. Mi caso es distinto, aunque me han correteado varias veces, nunca me han lo-

grado atrapar, por lo que estoy temiendo que esta vez ya me toque. En cambio el Jonathan, ese güey sí que está azorrillado, simplemente no puede creer, se le nota en el rostro, que le esté pasando esto y mucho menos quiere aceptar que podría ser el siguiente. Pobre cabrón, muy apenas sale de noche allá a las quinientas, para que ahora le pase esto, qué mala suerte.

Creo que ya se van, parece que ya se han resignado de que no van a recuperar ese dinero, que bien le serviría para irse de parranda acabando su turno. De no ser por esa feria no estarían aquí tan aferrados buscando al culpable. Si no tuvieran ese interés, simplemente hubieran llegado, hubieran subido a algunos cuantos y se hubieran ido inmediatamente, ya en el camino hubieran pensado en algún delito que atribuirles, como por ejemplo que estaban escandalizando en la vía pública, o que estaban tratando de meterse a alguna casa, o que andaban robando estéreos, o que se anda-

ban peleando con alguna pandilla; o también serían capaces de decir que les encontraron mariguana que por supuesto ellos traen de antemano, o quizás simplemente dirían que los insultaron al pasar.

Ahora sí, parece que se marchan. Nos volvemos a ver unos a otros. Ellos van bajando el andador con nuestros amigos, algunos van cojeando, algunos van llorando por el gas; por supuesto que eso nos agüita a los tres, pero en momentos como éstos uno piensa primero en salvar nuestro propio pellejo. Van pasando justo frente a la casa en donde estamos ocultos, aquí detrás de esta barda que apenas nos cubre y por la cual podemos ver a través de estos pequeños agujeros que tienen los bloques. Han pasado casi todos los chotas. Casi estamos a salvo. Volteo a ver a los otros dos, el pancho tiene los ojos cerrados y el Jonathan creo que está rezando. De pronto una luz me ciega de golpe, escucho un grito y el agitar de un frasco de gas...



## Que día el de aquella noche

José Adrián Ruiz Díaz

Al inicio todo era luz. Abrió los ojos. Entonces se vio envuelto en una oscuridad aterciopelada. Isaac se incorporó en la cama, saliendo de las sábanas y tratando de orientarse en esa negrura aceitosa. No podía ver nada, ni siquiera a sí mismo. ¿Qué fregados había pasado? La noche anterior, cuando regresó del hospital, había puesto el reloj para que lo despertara al cuarto para las nueve de la mañana. El despertador ya había sonado, él mismo lo escuchó. Tenía que ser de día. Su cama estaba pegada a la ventana, la luz del sol debería estar inundando todo el dormitorio. Y sin embargo, él estaba aparentemente en la noche más oscura. Recordó la luz que había visto antes, y cerró sus ojos. Fue entonces cuando Isaac sintió que le habían puesto una lámpara fluorescente enfrente. Era más bien una luz fría, un cristal grisáceo brillante, un ruido blanco, una pantalla de televisión sintonizando una frecuencia donde no había programación. La luz seguía ahí cubriendo todo su campo visual, no importando a dónde dirigiera su mirada con los párpados cerrados. Abrió los ojos, y otra vez lo envolvió la oscuridad. Pero ahora era diferente. Le parecía que sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad. Abajo de la silla junto al librero se veía un resplandor. Cerca de donde estaba el perchero se veían unas barras luminosas en el piso. Isaac se levantó. Ahora alcanzaba a distinguir algunas formas grisáceas, afuera, más allá de la ventana. Cerró los ojos y la luz cubrió sus ojos. Probó a ver si percibía algo así. Fue inútil. Guiándose por el tacto en medio de ese cuarto oscuro y de paredes negras que antes habían sido blancas tomó el teléfono y marcó el servicio de hora exacta. Una voz distante dijo: -Al oírse el primer tono serán las ocho... con 57 minutos... y 32 segundos de la mañana... bip... bip... bip... Al oírse el primer tono serán...

La noche parecía continuar afuera. Eso se estaba poniendo más extraño cada vez. Tal vez simplemente se estaba volviendo loco. Esa idea no logró tranquilizarlo. Juntó sus manos dejando un hueco entre ellas. Y ahí adentro apareció una luminosidad tenue. Las separó. La claridad desapareció. Miró al piso. Donde debería estar su sombra se veía proyectada una mancha traslúcida de color blanco que no se distinguía bien si no ponías atención y sabías que era lo que buscabas. Se agachó y miró abajo de la cama. Ahí estaba colgada, cerca de las esquinas de la base, un montón de luz blanca. Isaac sacó una colcha del closet y se la puso encima, cubriéndole todo el cuerpo de tal manera que no dejara pasar la oscuridad. Sólo entonces pudo verse bien. Todo lo abajo de la luz se veía como a pleno día, aunque los colores eran algo más apagados. Vio sus manos ni muy morenas ni muy blancas, su pijama negro con rayitas negras horizontales. Se quitó la colcha de encima y todo anocheció otra vez. Caminó hacia el espejo que estaba cerca de la puerta. Sólo pudo ver ahí unas líneas de luz entre su pelo de Beatle, donde la oscuridad del sol no alcanzaba a llegar. Abrió la boca y vio como se iluminaba el interior. Se puso una mano cerca del rostro para hacerse sombra. Y donde tapó el paso de la oscuridad su cara resplandeció fríamente. Esperen a que los paterfamilias de la Secretaría de Educación Privada & Company vean esto. Decidió salir de su cuarto. Medio chocando con los muebles en la oscuridad, llegó al cuarto de baño. Ahí no había ventanas por las cuales entrara la noche. Cerró la puerta. Y el cuarto de baño se iluminó. Un poco de negro entraba por las grietas de la puerta, de todas él podía ver más o menos bien ahí adentro. Miró el foco apagado arriba. La cápsula de vidrio era casi invisible. Isaac acercó su mano al interruptor de luz.